

IN MEMORIAM A MARÍA JOSÉ DE LA PASCUA SÁNCHEZ (1956-2021)

Arturo MORGADO GARCÍA 

Universidad de Cádiz

arturo.morgadogarcia@uca.es

Siempre son los mejores los que antes nos abandonan. Es una norma no escrita, pero la muerte prematura se ceba con aquellas personas a las que tenemos un especial afecto por su calidad humana, su talla profesional, o su sapiencia intelectual, y María José reunía sobradamente todas estas cualidades.

No quisiéramos que esta necrológica consistiera en una fría relación de artículos, trabajos, y publicaciones. El trabajo del historiador es fugaz, y acabará formando parte, antes o después, del cementerio de los libros olvidados, aunque algunos privilegiados consigan formar parte del universo de las notas a pie de página. Al fin y al cabo, es lo justo. Siempre caminamos a hombros de gigantes, y nuestra tarea debe servir, no para convertirse en algo definitivo, porque solamente los fósiles lo son, sino como punto de partida para que otros la continúen, la superen o la rebatan.

Pero detrás del historiador hay, ante todo, y por encima de todo, una persona. Y son las personas las que nos dejan huella, las que nos acompañan durante una parte de nuestro viaje, y cuya ausencia genera un vacío imposible de rellenar. En este sentido, ha sido un honor y un privilegio para nosotros recorrer una parte de nuestra trayectoria profesional y personal en la compañía de la profesora María José de la Pascua Sánchez.

Toda relación tiene un final, pero también un principio. Y ese principio se remonta al, muy lejano en el tiempo, año de 1982, cuando cursábamos el tercer curso de la Licenciatura y María José impartía las clases prácticas de la asignatura Historia Moderna Universal. Fue nuestro primer encuentro con ella, pero no el único como estudiante, ya que dos años más tarde volvimos a coincidir en la asignatura «Historia del pensamiento económico en la Edad Moderna». Nuestro recuerdo de entonces es el de una joven profesora, rigurosa, y cordial, pero sin caer en familiaridades fuera de lugar. Entre una asignatura y otra, coincidimos en un curso de la Menéndez Pelayo que tuvo lugar en Sevilla en el verano de 1984 denominado «Rebeldía y contestación como conductas barrocas», organizado por el profesor León Carlos Álvarez Santaló, al cual ella siempre profesó una auténtica devoción intelectual, y a quien consideraba como su maestro.

Tuvimos la suerte de incorporarnos al área de Historia Moderna como becario de investigación en enero de 1986, y a partir de ese momento nuestra relación con María José de la Pascua siempre se mantuvo. Aunque no nos dirigió ni la tesis de Licenciatura ni la Tesis doctoral, siempre mantuvimos muchas conversaciones acerca de nuestro tema de investigación, relacionado, aunque diferente, al suyo, que por entonces era el de la vivencia de la muerte en el Cádiz del siglo XVIII. En esas conversaciones siempre hizo gala de sus numerosas lecturas, de su agudeza intelectual, y de una formación filosófica que para nosotros siempre fue digna de envidia.

Cuando en septiembre de 1990 dejamos el primitivo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, y nos trasladamos a su actual ubicación, María José y el autor de estas líneas estuvimos compartiendo despacho durante más de veinte años. A lo largo de todo ese período, siempre fue una compañera educada, amable, y cordial, con la que departimos durante muchísimas horas, y compartimos muchos cafés, la bebida por antonomasia de la sociabilidad y de la inteligencia, y siempre reteníamos de esas conversaciones alguna lectura obligatoria, alguna frase especialmente afortunada, o alguna sugerencia en la que valía la pena profundizar.

Esa cordialidad, amabilidad, inteligencia, y pulcritud académica, no solamente la observamos en nuestra relación personal, sino en su práctica profesional. María José siempre fue una profesora exigente, pero respetuosa, que se preparaba las clases a conciencia, y que era profundamente respetada por sus estudiantes, porque eran conscientes de que desde el punto de vista académico era absolutamente intachable, tanto por el cumplimiento de sus obligaciones como por la altura y profundidad de los conocimientos impartidos.

Ese respeto que se ganó entre los estudiantes de nuestra universidad, también lo hizo extensivo a la comunidad académica de los modernistas españoles. Comenzaría su trayectoria intelectual, como ya hemos mencionado, analizando la vivencia de la muerte en el Cádiz del siglo XVIII, y su tesis doctoral, publicada en 1990 con el título de *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos*, es un trabajo modélico, que ha servido de inspiración a numerosas investigaciones posteriores, y que consigue el no siempre fácil equilibrio entre el rigor académico y la amenidad literaria. Varios años después derivó hacia otra línea de investigación diferente, siendo una de las pioneras entre los modernistas españoles, a saber, la historia de las mujeres y la historia de género, constituyendo su libro *Mujeres solas. Historias de amor y de abandono en el mundo hispánico* (1998), una referencia inexcusable y profusamente citada.

Durante los años posteriores, María José se convirtió en una figura indispensable en su línea de investigación, a la que siempre se acudía en congresos, jornadas, seminarios, y tesis doctorales, invitaciones a las que siempre respondía con generosidad, y cuyas intervenciones siempre se destacaban por su rigor. El mundo de los amores y los desafectos, la violencia, el nunca abandonado tema de la muerte, y, últimamente, su pasión por la figura de Santa Teresa de Jesús, que para ella era

un referente obligado, fueron el objeto de sus desvelos, a los cuales nunca les pudo dedicar el tiempo y la reflexión que les hubiera gustado, y que siempre tuvo el deseo de convertirlos en una investigación serena y pausada, aunque eso, lamentablemente, ya nunca podrá ser.

En mayor o en menor medida, todos dejamos nuestro legado, y el de María José de la Pascua ha sido el de ser una persona que, sin estridencias ni alharacas, se convirtió en una figura universalmente respetada por su seriedad, su rigor, y su profundidad intelectual, y el conseguir el respeto universal en nuestro mundo académico es algo que tan sólo los auténticamente grandes, y ella lo era, tienen el privilegio de gozar.

El poeta griego Menandro escribiría en cierta ocasión que morir joven era un signo de ser amado por los dioses. Todos sabemos que los dioses siempre han disfrutado burlándose de nosotros, los pobres mortales. Pero, aunque los dioses nos hayan arrebatado a María José, hay algo que nunca nos podrán quitar, y es el haber gozado del privilegio de conocer a una profesional intachable y una persona extraordinaria. Esté donde esté, le deseamos lo mejor.